

Encontrar un espacio y un tiempo tranquilo diariamente.

El Valor del silencio....

El silencio es el sirviente de la oración y el recogimiento. Pensemos en el silencio del Hijo de Dios, y observemos el silencio en nombre de El, quien estuvo silente ante las pruebas y circunstancias que podrían haber provocado que El hablara. Permitámonos por medio del silencio adorar el silencio de Jesús atormentado.

Siento cuan divinamente sabio fue el consejo de nuestro Señor a los apóstoles cuando los invito a apartarse al desierto y descansar un rato. Necesitamos silencio y recogimiento y salir de las distracciones de las labores diarias para poder captar los murmullos del Espíritu Santo.

Uno de las ocupaciones más útiles de todas sería dejar calmadamente la multitud y estudiar, en silencio orante, las condiciones de nuestra alma. Si sólo tomáramos los pensamientos que tenemos, las palabras que decimos, las cosas que hacemos y regresáramos a sus raíces, pudiera ser que en medio de ellos encontráramos mucha imperfección, incluso pecado.

Estas tres citas de los escritos del Padre Judge nos recuerdan la importancia del silencio. Al enfatizar el valor del silencio en la vida espiritual el Padre Judge estaba respaldando una tradición que es tan antigua como la Biblia y tan contemporánea como la más reciente técnica de meditación. Dada la importancia del silencio en la vida espiritual, los Ejercicios Espirituales del Cenáculo en Casa exigen al participante buscar cada día un periodo o momento de silencio de al menos veinte minutos a media hora, si es posible.

El tiempo del silencio no es para menospreciar el significado del diálogo, el compartir de fe, la conversación espiritual ni el bullicio normal de la vida diaria en el trabajo y en la casa. Estos momentos de intercambio y compartimiento en realidad pueden, y a menudo lo hacen, ayudarnos a establecer lazos más profundos de unidad, amor y paz entre nosotros. Sin embargo, durante los Ejercicios Espirituales del Cenáculo escogemos usar este momento diario de silencio con nuestro compañero de diálogo más importante y fuente de todas nuestras vidas - el Dios Trino.

En silencio, venimos primero a escuchar a Dios. Al profundizar nuestra experiencia de silencio interior alcanzamos calma en medio de la tormenta. Creamos un espacio para que Dios se mueva en nuestro corazón. El silencio se convierte en oración cuando Dios llena el vacío con El mismo. Mediante el silencio expectante, se da la oración. Y de dicha oración recibimos como un regalo la luz y la paz, que son las verdaderas fuentes de renovación personal y comunitaria.

El monasterio en Taize expresa el valor del Silencio en esta forma:

En algunos momentos la oración se vuelve silenciosa. Se puede establecer una pacífica comunión con Dios sin palabras. "He calmado y aquietado mi alma, como un niño destetado con su madre." Como el niño que ha dejado de llorar y está en los brazos de su madre, así puede "mi alma estar conmigo" en la presencia de Dios. La oración

entonces no necesita palabras y quizás ni siquiera pensamientos.

En el Sinaí, Moisés habló a los israelitas (Éxodo 19). Siglos después, el profeta Elías regresó a la misma montaña de Dios. Allí experimentó un trueno y terremoto y fuego como lo habían experimentado sus antecesores, y se alistó para que Dios hablara en medio de la tormenta. Pero el Señor no se encontraba en ninguno de esos fenómenos. Cuando el ruido terminó, Elías escuchó un “sonido de silencio total”, y Dios le habló (Reyes 1, 19).

Cuando la palabra de Dios se convierte en un sonido de silencio total, es más eficiente que nunca para cambiar nuestros corazones. La densa tormenta en el Monte Sinaí quebraba rocas, pero la palabra silenciosa de Dios puede quebrar los corazones humanos. Para el propio Elías, el repentino silencio fue probablemente más temible que la tormenta y la tempestad. Las manifestaciones sonoras y poderosas de Dios fueron de alguna forma familiares para él. El silencio de Dios es desconcertante, muy diferente a todo lo que Elías había conocido anteriormente.

El silencio nos prepara para un nuevo encuentro con Dios. En silencio, la palabra de Dios puede llegar a los rincones más recónditos de nuestros corazones. En silencio, muestra ser “más terrible que una espada de dos filos que penetra hasta que separa el alma del espíritu” (Hebreos 4, 12). En silencio, dejamos de escondernos delante de Dios, y la luz de Cristo puede llegar y calmar y transformar aún aquello de lo cual estamos avergonzados.

Silencio y amor

Cristo dice, “Este es mi mandamiento, que se amen unos a otros así como yo los he amado” (Juan 15, 12). Necesitamos silencio a fin de acoger estas palabras y ponerlas en práctica. Cuando estamos agitados e inquietos, fácilmente tenemos muchos argumentos y razones para no perdonar y no amar. Pero cuando hemos aquietado nuestra alma, estas razones resultan ser tan insignificantes. Quizás algunas veces evitamos el silencio, prefiriendo cualquier ruido, palabras o distracción, porque la paz interna es un asunto arriesgado; nos hace vacíos y pobres, desintegra las amarguras y nos conduce hacia el regalo de nosotros mismos. Silenciosos y pobres, nuestros corazones están abrumados por el Espíritu Santo, llenos de un amor incondicional. El silencio es una senda sencilla pero segura para amar.